

al parecer de todos, es un expósito, un hombre sin familia, que lleva el nombre de la villa a cuya jurisdicción pertenecía la aldea donde nació, allá por el año setenta y cinco del siglo XV. Era pues ya un hombre de casi medio siglo cuando pasó a Panamá con el «gran Justador» Pedrarias Dávila —cuya figura ya hemos estudiado en estas páginas—, como un hombre más de los muchos que buscaban fortuna en las Indias.

Y había de conseguirla por su amistad y sociedad con otro hombre ya veterano también, pero encanecido en las lides de América, como era Francisco Pizarro, que unido al clérigo Hernando de Luque, le propuso explotar la dirección iniciada en los descubrimientos por el Mar del Sur (Océano Pacífico) del navegante Pascual de Andagoya. Concedido el permiso, se inicia la empresa, en que Almagro va a la retaguardia, con un navío de respeto, y en la cual —para añadir una nota tétrica a su pobre apariencia— pierde un ojo. Decidida la empresa, porque la ciudad de Tumbes muestra a los españoles la firme promesa de las riquezas del imperio de los Incas, Hernando de Luque quiere que vayan los dos socios militares a proponer a Carlos V la continuación de la conquista, pero la timidez de Almagro, consciente quizá de lo mediocre de su figura —lo que no quiere decir que le faltaran arrestos y valor, como luego se demostró— hace que vaya a la Península sólo Pizarro.

Pizarro vuelve de España con unas capitulaciones y con todos sus hermanos. El —Pizarro— era el que recibía el favor real de un nombramiento de Gobernador, al tiempo que para Almagro sólo venía la Alcaldía perpetua de Tumbes, con 300.000 maravedises de sueldo. Esta postergación y las arrogancias de Hernando Pizarro, el

único hijo legítimo de todos los hermanos, estuvieron a punto de romper la «universal sociedad» que habían formado Francisco y Diego. Pero todo se arregló y se comenzó la campaña como en veces anteriores: Pizarro en vanguardia y Almagro en reserva.

Fué esta distancia lo que permitió a Pizarro vencer en la dura prueba de Cajamarca, aprisionando al Inca y que Almagro llegara cuando ya todo estaba cumplido. Había allí —por la oferta de Atahualpa— un inmenso tesoro que repartir y Almagro se preguntó si él y los que consigo trajera iban o no a participar en este colosal botín. Pizarro no lo puso en duda y para todos hubo. Pero Almagro tenía prisa en seguir adelante, buscando la inmediata posesión de la tierra, para lo que era un obstáculo Atahualpa y sus intrigas para acabar con los que eran sus carceleros. Y se llega al proceso y ajusticiamiento del Inca, en cuya suerte fatal tuvo más participación Almagro y los que con él tenían la misma opinión —entre ellos el tesorero Riquelme—, que el propio Pizarro, a quien se ha cargado la totalidad de la culpa, si es que culpa hay en ajusticiar a quien estuvo convicto de traición.

Entre los dos —Pizarro y Almagro— conquistan el Perú, mientras Hernando Pizarro llevaba a Carlos V el fabuloso «quinto real» que le correspondía del botín de Cajamarca y un espléndido regalo de los conquistadores. Cuando regresa Hernando, trae, entre otras cosas, una concesión nueva e importante para Almagro: el título de Mariscal y la gobernación de una demarcación al sur de la de Pizarro, con el nombre de Nueva Castilla...

Y por la mala interpretación —al menos diferente en cada uno de los dos antiguos socios— de los límites, se litiga acerca de